

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Núm. 227

Sevilla—Viernes 3 de Octubre de 1902

AÑO XXVI

Organización seria

Organización seria y una acción enérgica y vigorosa, basada en una dirección que reúna todos los prestigios y que sume la mayoría de voluntades, reclama la numerosísima hueste republicana para aspirar al poder y conquistarlo como medio de realizar el derecho y distribuir la justicia en España, ya que los demócratas son los únicos capacitados para ello.

A esta labor debe consagrarse todo el esfuerzo de cada uno para la suma del mayor número de voluntades, prescindiendo de ese singularismo de unos pocos que andan siempre a codazos para que se les vea, y que hacen extremos alaridos y procuran notas agudas y exageradas para que las muchedumbres se fijen en ellos, y la información periodística, aunque sea para reírse y divertir á sus lectores, entona las facultades excepcionales del don Fulano que se atreve á dar dos de pecho de vez en cuando, pero que da más gallos que notas elocuentes.

La notoriedad no se alcanza así, ni ese camino es el de la gloria, reservado al verdadero método, que no consiste sólo en la elocuencia, sino que se reconoce en otras cualidades menos artísticas, pero más meritorias.

El orador podrá alcanzar el efímero triunfo del aplauso del analfabeto, pero nunca, como no posea otra condición que la del período brillante, no merecerá la aprobación del hombre prudente ni el aplauso del verdadero sabio. Los grandes oradores dicen muchas tonterías por buscar el aplauso.

Los pensadores, los estadistas, los hombres de verdadero mérito, hablando menos, y aun fugando en ocasiones á las multitudes, hacen más por los intereses de esa masa, que los tribunos de todas las tonterías y de todos los períodos retóricos.

Nosotros debemos estar curados ya de esta dolencia que venimos padeciendo hace un siglo, y que no ha influido poco en los destinos del partido republicano, y no es la menor de las causas de nuestra desgracia.

Así que ha saltado un orador, le hemos elevado al pináculo, sin pensar que colocábamos el pedestal para elevar el precio de la traición.

Las notas más agudas, las más exageradas, los períodos más disolventes contra todo lo existente, se han fulminado por muchos que preparaban así el acomodo para abandonar las tiendas de los cándidos que los aclamaban y tomar ventajosas posiciones en el cuartel enemigo, haciendo alarde de su traición y ridículo de los que les habían puesto el hombro para subir.

La organización que pedimos al republicanismo militante, fundada en la doctrina, inspirada en la prudencia y en el acierto, debe ser amplísima, generosa, de verdadera transigencia para todas las opiniones, de benevolencia para los defectos, consagrada por entero al triunfo de la República, sin tibiezas, exclusivismos ni provechos de grupo ó de tendencia.

Arriba una gran abnegación: una labor asidua diaria de sacrificios, en que se prescinda de particulares afecciones, posponiéndolo todo al ideal y á las conveniencias del gran partido republicano; no cesando un solo momento en la labor de conquistar el poder, ni tolerando disidencias ni rebeldías, sino anatematizándolos energicamente donde quiera que surjan, que por muy elevada que sea la persona, el daño del discolo ó del ambicioso no hará mella en las filas si desde arriba se le aplica el correctivo adecuado sin contemplaciones.

Abajo, en filas, en la masa, obediencia, respeto, disciplina, acatamiento á las órdenes de la dirección que nos hayamos dado. Pero no el respeto y la disciplina de las milicias armadas de los ejércitos, no, sino la disciplina racional, prudente, acomodada á una legión política de demócratas y hombres libres, de ciudadanos, en fin, que se amparan á una bandera redentora que lleva por lemas la regeneración de la patria, la instauración del régimen democrático, porvenir de España y aurora de todos los progresos.

Somos la idea que ha de triunfar al fin y al cabo, somos el porvenir, somos la esperanza de una mañana de prosperidad y grandeza. Llegare-

mos, sin duda alguna, aun con nuestras diferencias; pero es preciso acortar la jornada, redoblando los esfuerzos y realizando todos los sacrificios antes que perezca la patria.

Poco tenemos que poner para esto. Unión, organización y disciplina. Sacrifiquemos por la patria lo poco que se nos exige, y deponiendo rencores, organicémonos fuerte y fraternalmente para conseguir el triunfo.

A. A.

Nota del día

Aun cuando uno quiera no puede sustraerse á los grandes duelos, á los grandes dolores de la humanidad.

La mayor prueba de que Emilio Zola era un genio creador, un hombre extraordinario, un gigante del pensamiento, es el profundo movimiento que ha provocado en el mundo su desaparición.

No hay una pluma, por basta y torpe que sea, ni un escritor, por modesto y olvidado que viva, que no hayan sentido un desgarramiento espiritual, algo que se parece á un ahogado, á un terrible desencanto.

Esos mismos peones que se amantan de la ubre clerical; esos mismos comerciantes del alma y del espíritu, bandada de cuervos que acuden á morder la carne muerta del gran maestro de la verdad, ciclope por su labor y gigante por su inteligencia, hasta esos mismos, apesar de sus bajezas é injusticias, se agigantan en estos momentos solemnes arrojando insultos á la memoria del muerto.

Ya saben ellos el daño producido en el edificio secular de sus mentiras por el hacha demolidora que ha quedado abandonada....

Ya saben ellos que alrededor de esa tumba, abierta aún para recibir los insultos villanos de los farsantes sacerdotes de la mentira, se congregarán los ejércitos de admiradores y discípulos, dispuestos á proseguir en la fecunda labor tan hermosamente planteada....

Ya saben ellos que, al oscurecerse el sol, las tinieblas envuelven el mundo, y es fácil robar en las encrucijadas, y de eso habrán de tratar.

Pero ignoran que ese astro que acaba de desaparecer del mundo de los vivos ha prodigado tanta luz, ha derramado tanta claridad, que sigue y seguirá alumbrando eternamente.

Pasa el hombre, pero las ideas quedan y fructifican.

Honda conmoción acaba de sufrir la humanidad entera, cuando la simple muerte de un ser la hace revolverse.

La iracundia de esos renacuajos que hufan espantados ante la valerosa actitud de un hombre que no vacilaba en sacrificar fama, fortuna, tranquilidad y vida, por defender á un inocente, se extinguirá con el último insulto.

Pero... ya están bautizados con antelación por el gran maestro.

Cuando el populacho rufo, el que insulta ó ensalza á duro por cabeza—como decía Rochefort cuando era también insultado—pedía la muerte del defensor de Dreyfus, irguiéndose valerosamente desde el banquillo de los acusados, como león herido, increpaba diciéndole frente á frente:

—¡Canibales!

¡Sí, canibales son, gran maestro! Incapaces de redención.

Ellos fueron los que enclavaron al Dios-hombre en la cruz, y ellos son los que vomitan injurias sobre tu cadáver.

¡Perdónalos desde la altura de tu gloria en los altares del pensamiento humano, como Aquel que perdona desde la cruz!...

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

A falta de otros asuntos de más interés, nos otros los españoles nos ocupamos ahora en dos cuestiones.

La primera, y casi principal, es la cuestión que se ha suscitado entre el recaudador del im-

puesto de cédulas personales y el general Weyler, ministro de la guerra.

La segunda cuestión, y también importante, porque afecta al mundo entero, es la muerte estemporánea de Emilio Zola.

Con ser esta última tan principal y aquella tan fútil, la que afecta á los españoles en estos momentos es la cédula de Weyler.

En esta se ocupa la gente de pró, los elementos directivos, administrativos y gubernamentales.

Y en la otra cuestión, los escritores radicales y populacheros.

De los otros, de los escritores conspicuos, no hay que hablar, suponiendo que aquí en España tengamos conspicuos escritores.

Las obras de Zola están en el Índice, y está prohibido terminantemente, so pena de caer en desagrado de la Iglesia de Cristo, ocuparse en ellas con elogios.

En ellas se ocupan los relapsos, los que están puestos en entredicho, los vitandos, los que no quieren gloria, ni bendiciones, ni indulgencias.... Todo este fardo de cosas santas lo cambian ellos por una buena cena ó por un buen libro.

Estos, éstos únicamente son los encargados en llorar la muerte de ese gran hombre, amante de la Justicia y de la Verdad, y enemigo de las supercherías.

A esta clase, á los populacheros, á los radicales, pertenece Joaquín Dicenta, quien ha dicho en dos párrafos lo siguiente:

«La muerte de Zola, esa muerte imbecil y absurda que se disfraza de ácido carbónico para asesinarle, como si, en nombre de los propietarios mineros, quisiera vengarse del autor de *Germinal*, metiéndole garganta abajo puñaladas del aire negro, convertido por él en tinta para prologar la redención humana; esa muerte peñaña, escamoteadora de una vida inmortal, me ha producido impresión tan honda, ¡qué tanto!, más honda aún que la de los seres desaparecidos en mi familia natural.

Más, lo repito. Por mi madre, por el gran amor de mi existencia, lloré amargamente, despidiendo con ella al pasado de mi individuo, á la raíz de mi ser físico, que me abandonaba para siempre; por Zola lloro algo más grande: el porvenir de todos los hombres, forzado á detenerse—breves instantes, claro—porque una de las manos que lo empujaban ha caído en tierra antes de tiempo á impulsos de un hachazo ciego de la casualidad.»

Quisiera yo ver la cara que pondrán leyendo esas líneas que acabo de transcribir todos los afiliados en la recua católica, todos los que se inspiran, no en lo que sienten, porque tienen el corazón acorchado, sino en lo que le mandan.

El Sr. Auñón, exministro que fué de Marina, y por cierto que fué cuando nos la destruyeron, ha dicho que en ocho años se van á construir en España doce acorazados, ocho cruceros rápidos, sesenta y siete torpederos y varios submarinos.

—Para eso se necesitan muchos millones—dirá cualquiera.

Los proporcionará el señor Auñón. Dicho señor tendrá el plan muy bien estudiado.

El Gobierno no tiene otra cosa que hacer que dejarse ir.

Lo que nosotros necesitamos son Auñones.

Los Coros Clavé, después que concluyeron anoche sus compromisos, se dedicaron á dar serenatas los orfeones respectivos en aquellos sitios en que habían depositado sus estandartes.

Y, como es natural, á donde quiera que iban los agasajaban modesta ó espléndidamente, con arreglo al fondo social ó particular.

Pero... llegaron al Casino Conservador de Sevilla, al Casino de los personajes que son conservadores porque tienen que conservar sus rentas, fincas, etc., etc.

Y efectivamente, fué el único sitio en donde no fueron atendidos sino con buenas palabras.

El Sr. Ayala, todo emocionado, les dijo que la impresión que habían dejado en Sevilla perduraría eternamente.

—¡Si lo sabrá él!

Tal y tan grande fué la impresión que los conservadores se quitaron de enmedio para no darles á los impresionistas ni media copa.

El partido conservador sevillano... ¡quedó como queda siempre.

A la altura de un pepino.

—Pero yo, ¿qué iba á darles?—dirá Ayala.

Tiene razón.

El harto hizo con abrazar y besar al catalán que actuaba de presidente de la sección de orfeonistas que fué á visitarle.

—Noy, ¿qué aprontá?...

—¡Ful! Má besat y abrazat como á las no-

yas.

En el Tiro Nacional

tiró nuestro rey al blanco.

y de diez ó doce tiros, solo se llevó dos tantos. Si es verdad como lo cuentan, como tirador no es malo; porque yo, de doce, solo me llevo una sumando.

Y apropósito.

El Noticiero de hoy dice lo siguiente:

«El general Henestrosa sufrió un síncope, retirándose en una camilla del lugar en que se tiraba al blanco.»

No estará hecho á eso.

Deseamos el alivio del paciente.

Señor: ¿por qué consienten que un general esté oyendo disparos?

Dice un periódico de Barcelona:

«De ser ciertas las noticias que la policía nos ha facilitado, se ha descubierto la comisión de algunos delitos que merecen ejemplar castigo.

Parece que unos jóvenes elegantemente vestidos habían alquilado una casa, simulando establecer en ella una fábrica de blondas y ofreciendo cinco pesetas semanales, por trabajar allí, á cuantas incautas jóvenes buscaba una Cestina, que al efecto tenían contratada. Cuando alguna infeliz muchacha caía en el lazo, era brutalmente atropellada y abandonada después á su deshonra, como le ha sucedido á una simpática joven que, mandada por su madre, estuvo tres semanas en la supuesta fábrica.

Dicha joven y su madre han denunciado á la policía tan criminal atentado, pidiendo que se les haga justicia y diciendo que el delito fué realizado en una casa de la calle de las Molas.»

Por lo que se ve, en tanto las clases populares de Cataluña se entretienen en ensayar coros bonitos, las clases que no son populares se emplean en buscar vírgenes baratas.

El mismo colega del que copio dice preguntando:

—¿Serán niños luises y jesuitas esos jóvenes elegantemente vestidos?

¡Vaya una pregunta!

No señor.

Si fueran luises ó jesuitas, no buscarían muchachas, sino frailes.

No infame, no calumnie á esos muchachos.

CARRASQUILLA.

La muerte de Zola

Trabajaba á media tarde en la novela que llevo entre manos, cuando mi mujer entró en el estudio, cuyas ventanas se abren sobre el mar. Minutos antes había sonado el timbre del teléfono.

—Tengo que darte una mala noticia—dijo con una emoción que en vano trataba de ocultar.—Zola ha muerto....

—¿Qué Zola?—exclamé yo, con el idiotismo de la sorpresa. ¡Como si en el mundo existiesen muchos Zola!

—Zola, el novelista.

Me pareció que el sol se oscurecía, que el mar, tan agitado, quedaba mudo, rodando sus escalones de olas en un silencio fúnebre; que el invierno caía de golpe sobre la naturaleza: un invierno de muerte con el ambiente gris y el frío intenso de la tumba.

¡Zola había muerto!... Y bien, ¿qué tenía el suceso de extraordinario? ¡No era un hombre como todos, sujeto á la dura igualdad de la muerte!... Pero la admiración no se resigna sin protesta. Por algo llaman inmortales á los grandes artistas. Tan sobrehumanos aparecen ante nosotros por la fuerza de su genio, que cuando mueren como cualquier otro mortal, experimentamos inmensa extrañeza, como si se trastorasen las leyes de la vida, como si el sol saliera á media noche y brillasen á mediodía las estrellas.

¡Zola muerto!... Mis hijos, que participan de todas las adoraciones de su padre, estaban consternados como si les hubieran participado la muerte de su abuelo. Acostumbrados desde la cuna á ver á todas horas los diversos retratos del gran artista esparcidos por la casa, lo consideraban como de la familia.

Aún no saben leer y hace tiempo que tenían el mismo deseo.

—Papá, cuando nos lleves á París iremos á ver á Zola.

—No, hijos míos, ya no le veréis. No podréis besarla mano de aquel que, al mismo tiempo que un gran artista, fué un hombre honrado; no co-

noceréis de cerca al delicado espíritu, amante de la vida del hogar, sencillo en plena gloria, adorador de los niños, que le inspiraron las mejores páginas de sus novelas, y eternamente triste por la carencia de hijos, hasta el punto de dedicarle su cariño a esas dos pobres bestias que en el silencio de una habitación cerrada presencia ron su agonía y su muerte.

Y mis hijos, con una de esas inspiraciones sencillas que hacen adorable a la niñez, recorrieron los campos inmediatos a la casa, hicieron una corona de malvarrosas y claveles tardíos, y la colocaron sobre un pequeño retrato de Zola (tal vez el último) que Soriano me trajo há poco de Ginebra.

Muchos llorarán á estas horas en Francia y en toda Europa la muerte del novelista; suntuosos serán sus funerales, pero dudo que ninguna manifestación de dolor sea tan espontánea y honda como la de una madre española y tres pequeñuelos que, en una playa olvidada del Mediterráneo, cubrieron de flores el retrato del gran artista, mientras el mar rugía á pocos pasos en la soledad de la tarde.

—Diga usted algo de Zola—me demandan los amigos.—Escriba un buen artículo.

¡Qué he de decir!... Francia sufrió anteayer un golpe más grande que si hubiera perdido una batalla; la humanidad está de luto, y tú, lector, y yo, y todos, debemos recibir el pésame, por que se nos ha muerto uno de la familia.

Amamos á nuestros parientes porque comparten con nosotros alegrías y tristeza, porque son algo de nuestra propia existencia; y qué pariente más íntimo que el artista que ha dominado nuestro pensamiento durante veinte años, que ha guiado nuestras ideas y nos ha dado toda la médula de su talento, generosamente, á cambio de un poco de admiración?

¡Muerto Zola!... Tras la instintiva protesta, el ánimo todavía se resignaba ante una muerte natural. Una aneurisma, un golpe de sangre, cualquier desarreglo de la máquina humana, nos hacía tolerar la gran desgracia. Al fin, de algo hemos de morir, cuando el mecanismo vital se decide á cesar en su funcionamiento. Pero llamarse Zola, llevar con el nombre el mundo, sentirse fuerte y con ánimos para escribir ocho ó diez libros más; acostarse tranquilo, después de bromear en la mesa con la esposa, pensando en lo que se escribirá al día siguiente, y morir de una manera violenta, en plena salud, porque ajusta mal el tubo de una chimenea y todavía no se han hecho en la casa las reparaciones de una instalación reciente, es un sarcasmo de la casualidad, tan lúgubre, tan tétrico, que hace reír con la carcajada desgarradora de los locos.

Siento que no exista la Providencia que todo lo regula y todo lo prevé; porque si ese poder superior fuese cierto, ante el triste fin de Zola, víctima en plena madurez de su genio de un descuido de criados, tendría el gusto de hacer sobre ella, como manifestación de mi desprecio, algo que recordase la palabra de Cambronne en Waterloo.

¡Morir de repente, de modo antinatural, cuando no se ha terminado la obra de la vida, cuando aún se tiene en el pensamiento el embrión de nuevas obras y salud en el cuerpo para producir las! El gran maestro ha caído en el penúltimo escalón de su gloria. Aún le faltaba escribir un nuevo libro, *Justicia*, y terminando con esta novela su inmensa obra, pensaba descansar, cuidando su vejez con el firme propósito de no tomar la pluma más que en defensa de los pueblos oprimidos.

—Me retiraré—decía la primera y última vez que le vi—me retiraré como uno de esos tenderos que, tras una vida de trabajo, venden el establecimiento y se van al campo. Creo que después de setenta libros tengo derecho á descansar.

Y agitaba, al decir esto, nerviosamente su mano poderosa que creó un mundo; una mano blanda y suavemente fría de viejo escritor, que anoche estuvo viendo en sueños crispada por la muerte.

—Escriba usted—repiten los amigos.—Diga algo sobre Zola.

¡Escribir! Ahí están sus obras; los libros que hablan de su vida. Ellos lo dicen todo.

Yo, ¿qué puedo decir?... Que estoy triste y todo lo veo negro.

BLASCO IBÁÑEZ.

Buena cosecha

No creíamos, ni era de pensarlo, que en tan corto plazo pudiésemos recoger tan óptimos frutos de la entusiasta propaganda que hace algunos años, llevando de nuestra inquebrantable fe, venimos realizando en las diferentes regiones de España.

¡Ay! Con qué placer escuchábamos ayer tarde los efectos de la estruendosa sonoridad del *Gloria España* que lanzaban al unísono las dos provincias hermanas, unidas hoy por las sugestivas corrientes del verdadero arte de Clavé, Andalucía y Cataluña.

Cómo repercutían en nuestro pecho, enardecido nuestra imaginación, respunteando nuestros nervios, al compás de las sagradas invocaciones con que Clavé saluda á las provincias españolas, haciéndolas inmortales por sus hechos delante la historia juzgados, citando Sagunto, Numancia, Covadonga, Gerona y el Bruch!

¡Cuán grato nos era para nosotros escuchar de los labios de nuestros queridísimos hermanos del *Orfeón Sevillano*, mientras nosotros enaltecíamos sus más preciosas proezas, recordábamos sus inmortales artistas y hombres de ciencia, ellos remembraban Gerona, dando á la vida el general Alvarez, alentando con su ejemplo sin segundo á los héroes y mártires de aquella epopeya nacional, viviendo aquellas jornadas que un mar de sangre elevó al cielo de la inmortalidad! Gloria á los valientes del Bruch, evocaban en nuestra memoria, que solo escuchados por el patriotismo, pararon al coloso que creía era cosa fácil dominar un pueblo como el nuestro, en cuyas venas rebotaba el amor á su tierra, la idolatría á su España.

Y los catalanes con ardor, con fe, con el entusiasmo del corazón salido, evocaban en su misma cuna, resurreccionándolos, dando al aire los nombres de Velázquez y Murillo.

El acto solemnísimos llevado á cabo por el *Orfeón Sevillano*, entonando con nosotros la sentida plegaria de este hermoso himno en que Clavé unió, á la grandiosidad del concepto, la sencillez y sobriedad de su forma, dejó en la imaginación de todos, hondos afectos, gratísima memoria.

La plausible obra, nunca bastante alabada, de coadyuvar con su valiosa ayuda nuestra artística y patriótica propaganda, nos alienta y anima para proseguir con más fe, si es posible, nuestro camino de regeneración, iniciado y señalado por nuestro cantor Clavé.

Sevilla ha respondido á nuestro credo expuesto magistralmente en los festivales.

No hay duda que en esta misma Sevilla que siente en su seno palpitar con alborozo los efectos mágicos de un arte nuevo, bello como no hay otro, responderá creando otras entidades, y haciendo que en unas y otras esté latente, viva siempre, el amor á la patria.

Con el *Orfeón Sevillano*, la idea de Clavé ha recibido un gran refuerzo; nosotros una época de resultados prácticos, y una buena y abundante cosecha de satisfacciones morales, único galardón á que aspiramos en nuestra empresa.

Y vamos á partir, queridísimos sevillanos: nunca más olvidaremos vuestra cariñosísima hospitalidad.

Y al retornar á nuestros patrios lares, donde dejamos á peñazos el corazón por la ausencia presentida; al sentarnos á la mesa para contar á la familia nuestras más íntimas y hondas impresiones de esta expedición, cuando el alma henchida de gozo ilumine nuestra inteligencia, recordaremos que entre el amor á la patria, á la esposa y á los hijos, debemos levantar en el corazón el sagrado templo de la fraternidad, poniendo como imagen divina el recuerdo de Andalucía.

MODESTO VIDAL.

Sevilla 2 Octubre 902.

PARALELO

Hablando con un árabe rico de Tetuán, durante una corta estancia en Tánger, acerca de las ventajas de la civilización, escuché de sus labios sabrosas palabras que, por estar ahora en moda los asuntos marroquíes, quiero traérlas á cuento. Ellas me ilustraron de muchos puntos para mí oscuros. El individuo á que me refero, conocedor á fondo de toda Europa, en donde dedicóse al comercio por largos años, y donde consiguió labrar fácilmente pingüe fortuna, en la discusión que entablamos trató de convencerme de que nuestro progreso no era tal progreso y de que la vituperada barbarie de sus compatriotas no era tal barbarie.

Argumentos tan incongruentes y fuera de razón, en boca de una persona que en sus maneras, en su trato, en su correcta urbanidad, denunciaba bien claro al hombre de esmerada educación, me causaron profunda sorpresa. Yo no podía conciliar que en sus hábitos de lujo, de comodidades, de buen gusto, de vida refinada, cupieran transigencias con la rudeza de las costumbres, con las ferocidades de las leyes y con el despotismo semisalvaje de los Gobiernos de su país.

En balde fué que le hiciera el panegírico del progreso. Por más que se lo mostré por sus múltiples y diversas fases, me saltó al paso con risa burlona, convenciéndome que lo conocía mejor que yo. Los grandes inventos de la industria; las manufacturas de Manchester y Liverpool; las fábricas de Lieja y de Amberes; los enormes centros mineros de Charleroy; los astilleros de Glasgow y de Spezzia; las fábricas de Essen y las portentosas ciudades fabriles alemanas no tenían secretos para él, las había estudiado á fondo. Fué imposible cogerle en un renuncio. De París á Oremburgo en el Ural, y desde Constantinopla á Cristianía, su cuerpo, censeño y esbelto de semito orgulloso de su abolengo, había baqueteado por los trenes y paquebots de todas las Compañías terrestres y marítimas del Continente.

Cuando pude replicarle, intenté tomar represalias y volver por los fueros de la civilización, denigrando ásperamente al caduco imperio moruno, que, lleno de lacras, pronto sus despojos se verían repartidos entre las grandes potencias.

Entonces mi interlocutor se expresó así:

—Amigo mío, todo eso puede ser. No lo niego. Pero que nos suprimais no significa que sea mejor lo que nos den que lo que nos quiten. En modo alguno. Yo no combatí el progreso. Por el contrario, lo admiro y lo respeto. Proclama el destello divino viviendo en la humana inteligencia. Mas, a mi entender, es un velo que se descubre y deja entrever al que era feliz en su ceguera un abismo seductor é insondable. Acercarse á sus bordes es exponerse á ser engullido y á rodar sin descanso por resbaladizo talud. Conocerlo es condenarse á perenne infierno. Atormentarse por nunca saciada sed. Fijese usted en el siguiente paralelo. Vosotros los españoles, veivigracia, al hacer, pobres y ricos, tenéis que entrar en el mundo sudando dinero. Si la religión os ha de envolver bajo su manto, es preciso aflojar la bolsa.

El casamiento, el lazo base de la moral, sostén sólido de la familia, vínculo de orden en los pueblos, tiene su tarifa. El dogma impone el precepto del sacramento y luego escatima los medios de realizarlo, haciéndolo inaccesible y caro. Volver á la tierra del eterno reposo obliga antes á soñar las blancas, so pena de ir confundidos al *potpourri* de huesos que se llama fosa común. Las vauidades cuestan amargas lágrimas á los que no las tienen. El que trabaja sufre y el que huelga goza. El lujo de algunos pocos esclaviza á la muchedumbre en dura y fatigosa tarea. Todo ese desconcierto de las sociedades modernas no es otra cosa que un profundo desequilibrio en los sentimientos, una honda subversión del humanismo. Los egoístas nacen lo mismo del afán del placer que del anhelo de la ciencia. Uno y otro hacen los rebeldes. Y las rebeldías impulsan sin cesar hácia lo desconocido. De aquí los crímenes, los suicidios, los repugnantes vicios, la maldad, los odios.

En nuestra sociedad se vive en continuo pié de guerra. La lucha no tiene fin. Los zarpazos del hambre y las dentelladas de la indigencia convierten á los pueblos civilizados en ejércitos siempre apercebidos á destrozarse. Civilizada, mente se tiran á matar aunque pregonen la filantropía y el altruismo. Arbitrios, impuestos, onerosas cargas, crecidísimas contribuciones, exacciones denigrantes se crían por el mero anhelo de dominar y de ser tiranos. Entre tantas gabelas es imposible y es cosa de maldecir la civilización y sus ventajas. ¿Y es esto progreso? ¿Es esta incansable lucha, este azaroso estado de zozobra y de padecimiento el edén que nos prometéis si nos convertimos? No; vuestros sabios, vuestros estadistas y vuestros sociólogos se equivoan. Que miren libres de pasión á nuestra rudeza humilde y pacífica. No se dejen deslumbrar por el dictado de bárbaros con que nos nombran, y estudien á conciencia lo que somos y lo que valemos.

La libertad que á gritos proclamáis es insufrible tiranía comparada con nuestra feliz independencia. Tributos, apenas si existen. Los días se deslizan tranquilos. El desierto nos escuda. El Simun es poderoso aliado. Argüiréis que nuestras poblaciones son estercoleros, que el país está despoblado; que la policía es un mito y la equidad un sarcasmo; pero yo es contesto que sabiendo esquivar la pesadumbre de la soberanía, teniendo tacto para permanecer oscurecido sin llamar la atención por la riqueza y el boato, la vida es dulce y sossegada. Cierta que á veces ocurren graves turbulencias. Un capricho del señor, un gesto de su voluntad omnimoda decapita á multitudes enteras. La precaria situación del Erario produce *rassias* feroces que siembran el extrago y el terror. Se puede siempre de lo arbitrario, de lo inesperado. Una mala digestión del heredero del profeta puede hacer morder el polvo á toda una tribu. Pero esto es lo

excepcional, lo problemático. Sabiendo sustraerse á peligrosas proximidades no hay cuidado alguno. Y entonces, en medio de la vivaz vegetación, fuera del camino contaminado de los hombres, viendo crecer los hijos que descalzos corren por los riscos, satisfechos, y á la mujer que á nuestro alrededor bulle afanosa, desengáñese usted que llega uno á reirse de toda esa jerigonza que llaman ustedes civilización y que para mí es la más despótica de las cargas.

Mucho tiempo después, recordando aquella entrevista con el árabe rico de Tetuán, me he ido explicando, poco á poco, el secreto del por qué se inmortaliza en la barbarie el imperio marroquí.

Y sin darme cuenta exacta, cuando fugitivo del mundo, fatigado de sus miserias, en los desvaríos de la fantasía, quiero buscar el paraje de refugio y de venturosa paz, no puedo menos, imaginariamente, de construir en los perdidos vericuetos del Atlas los misteriosos aduares donde los niños corran, rían y crezcan sin que el Estado se los lleve, sin que el Fisco abruma, sin que la Ciencia extragüe y donde se pueda nacer y morir sin el permiso de la civilización.

R. MIRAT.

De actualidad

París.—Los obreros de todas las compañías ferroviarias asistirán al entierro de Zola. Los amigos de éste recuerdan que le oyeron decir que deseaba fuera su entierro modesto.

El *Liberal* asegura que se proyecta verificar una pequeña crisis para dar entrada á Santamaría de Paredes, saliendo dos ministros. Sospecha que la crisis se totalizará.

En Valencia el Ateneo científico preparó una velada en memoria de Zola. Hablará Blasco Ibáñez.

Mellado confirió con Rodríguez. Ha sido aplazada para el sábado, la firma del convenio de Banco y Tesoro, sobre creación de Agencias en París y Londres.

Laviña ocupase de la reforma del reglamento de Correos y de las oposiciones á ingreso que se anunciarán á fines de Octubre.

La última recepción de autoridades en Miramar ha sido brillante y concurrida.

París.—Es inminente la huelga general de mineros, en caso de que las Cámaras en las primeras sesiones, no acuerden la jornada de ocho horas.

Roma.—el Papa esta debilitadísimo. Su médico aconsejóle reposo y que aplase el recibimiento de visitas para reponer sus fuerzas.

El Banco de Inglaterra elevó el descuento á 4 por 100.

Moret cree que las Cortes actuales durarán cinco años como las primeras de la Regencia y la Restauración.

Aumenta la huelga en el Paso de Calais (Francia.) Los mineros cercan á Pozos para evitar que se trabaje.

La prensa inglesa habla de la posibilidad de alianza entre Francia y España.

En Pensilvania han sido cerradas numerosas panaderías por falta de combustibles.

Agrávese la huelga. Roosevelt, obligado á intervenir, reunirá mañana á los obreros y patronos para buscar una solución.

En Pontyridd (país de Gales) rompióse en una mina el cable del ascensor, estando éste á la altura de 230 metros. Murieron 8 obreros que conducía.

Entre Nimes y Uzès ha ocurrido un grave accidente ferroviario. Numerosos heridos. Falta detalles.

París.—La viuda de Zola visitó el cadáver de su esposo. Escena conmovedora. Acometióla un violento accidente.

La *Epoca* cree que aunque se abran las Cortes, habrá crisis total.

El miércoles habrá Consejo preparatorio del que presidirá el rey el jueves.

En la reunión de la comisión de reformas sociales posesionáronse de la presidencia y vicepresidencia Azcárate y Toca.